

Las crónicas de Rean: Sombras sobre Meridiem

Xavier Albert Fusalba



Image not found.

Capítulo 1

Saliendo de la madriguera

Los golpes contra la puerta de madera le despertaron como cada mañana. Buscó a tientas la pequeña linterna de aceite de draco que tenía junto a su catre y la encendió. Se estiró un poco antes de levantarse y se incorporó perezosamente, quedándose sentado para contemplar su habitación.

No miraba nada en especial. Tampoco había mucho que ver. Una mesa que cojeaba frente a una destartada e incómoda silla. Un juego de cartas desordenado encima de esta, junto a los restos de la cena del día anterior y en el suelo su mochila con sus pertenencias.

Se había llevado los pocos objetos de valor que tenía en casa, no quería dejar nada por si los secuaces de los Ponzaña decidían registrarla. Así alimentaría sus sospechas de que se había ido de la ciudad.

Después miró a la pared de la cueva. Junto al cabecero del catre había varias marcas. Las contó de nuevo, siguiendo lo que se había convertido en un ritual matutino para él. Había veintinueve marcas.

Sacó el cuchillo que tenía bajo la almohada y añadió una más. Treinta.

Por fin se terminaba su cautiverio. Los golpes en la puerta volvieron con más insistencia y por fin se levantó.

— ¡Ya va!— le gritó a la persona que estaba tras la puerta.

Se acercó a la puerta y descorrió el pesado cerrojo de madera que la atrancaba.

El hombre que había en el pasillo le miró con cara de pocos amigos. Era el tipejo bajito con la cara picada de viruela que le había despertado cada mañana.

— Se acabó el plazo— le gruñó acercándole un pequeño saco y un odre de agua.

— Gracias, dile a Aeri que iré en un momento. — Le respondió Cedric.

Un gruñido fue la única respuesta que obtuvo antes de que el hombre se

fuera.

Entró y cerró de nuevo dispuesto a desayunar, el día iba a ser intenso así que necesitaría todas sus energías para afrontarlo. Pero si todo salía bien por fin se podría largar de allí.

Abrió el saco y sacó un pedazo de pan bastante duro, un poco de queso, algo de embutido y unos muy plátanos maduros que pronto se abrían echado a perder.

No le hizo ascos a nada, había comido bazofias muchísimo peores. No estaba allí por las comodidades de ese cuchitril, sino por la protección que le podían ofrecer.

Después de desayunar recogió sus cosas y fue hacia el foso. No le había ido mal un baño antes de presentarse ante Aeri. Tenía el pelo aceitoso y descuidado, la barba le había crecido tanto que le picaba y no podía parar de rascarse. Después de pasar un mes encerrado con la única distracción de algún paseo ocasional por las alcantarillas su aspecto no era de lo mejor.

Con pocas cosas con las que distraerse había recorrido esos túneles una infinidad de veces, pero eso le había servido para mantenerse cuerdo encerrado allí abajo. Sabía que había que había una decena de cuevas como la suya en los alrededores.

Se las conocía como "agujeros de rata", la mayoría estaban llenas de adictos a la raíz del sueño que buscaban un lugar relativamente seguro donde colocarse durante horas y pasar su ensueño narcótico sin que nadie les molestara. Pero normalmente esos "agujeros de rata" solían estar atestados y Cedric había pagado una buena cantidad de monedas para estar allí solo sin que nadie le molestara.

Quería esconderse de los Ponzña hasta que su barco estuviera listo y ahora que había pasado un mes se había cumplido el plazo que le habían dado en el astillero de la ciudad.

Pronto podría irse de Meridiem, solo le quedaba ir a buscar el barco y recoger a Arienne. La muchacha norteña se había negado en redondo a esconderse en ese agujero con él. Aun así, estaba en un lugar que a los Ponzña no se les ocurriría mirar.

Siguió por los túneles que conectaban con el alcantarillado y llegó hasta el foso. El lugar estaba tranquilo a esas horas de la mañana, aún no había combates y la mayoría de parroquianos seguramente estaban de resaca por la juerga de la noche anterior.

Un enano ataviado con un delantal limpiaba la barra distraídamente, mientras el hombre con la cara picada de viruela tomaba un trago frente a él. Cuando le vio llegar se levantó y le indicó que le siguiera hacia una de las salidas de la cueva. Allí unas cortinas ocultaban un pequeño túnel que conducía a una sala anexa. Era una cueva artificial excavada por la mano del hombre. Aunque no era tan grande como el foso también tenía un tamaño considerable.

Lo primero que vio Cedric fueron montones de cajas y barriles, seguramente comida y bebida para los parroquianos que venían a ver los combates del foso. Junto a estas una mesa iluminada por un pequeño farolillo de aceite de draco, donde tres corpulentos hombres jugaban a las cartas, a lo que parecía una variante de príncipe, dama y rey. Hablaban un idioma que sonaba hosco para el oído de Cedric, sin duda un dialecto de las islas del invierno. Eran la guardia personal de la reina del foso, los tres osos.

Cuando les vieron entrar los tres hombretones se giraron para analizarles, uno de ellos se dirigió al hombre con la cara marcada de viruela.

— ¿Hay algún problema?— preguntó el mercenario con un marcado acento de las islas.

— Tranquilo Lars, este chico viene a pagar su estancia.

El hombreton le dijo algo a sus dos compañeros en su idioma y estos asintieron de mala gana. Acto seguido se levantaron y acompañaron a Cedric a ver a la reina del foso.

Se dirigieron al fondo de la cueva donde se levantaba una estructura de madera creando una doble altura a unas tres varas y media del suelo.

La construcción parecía bastante nueva y sólida, estaba hecha a conciencia para durar muchos años. Después de subir unos pocos escalones de madera llegaron a la parte superior, donde les esperaba Aeri la reina del foso.

La mujer estaba recostada en un gran diván de terciopelo azul, junto a otra chica morena de pelo rizado. Las dos estaban fumando distraídamente de una gran pipa de agua situada al lado del diván.

El suelo de madera estaba tapizado de alfombras, cubiertas por grandes almohadones multicolor y del techo y las paredes colgaban pequeños cortinajes de delicada seda, que daban un aspecto mullido y vaporoso al lugar. El escaso mobiliario estaba dispuesto alrededor de una enorme mesa circular de bronce, repleta de cuencos con frutas y bebida.

Parecía que Aeri había decorado ese lugar para encontrarse como en Nimbia, su ciudad natal.

Cuando les vio acercarse susurró algo al oído de la muchacha morena y está se levantó y se fue. La chica llevaba un sencillo vestido de corte Nimbio con la espalda descubierta y una falda con un corte lateral de dejaba entrever su pierna derecha.

— Por favor no te quedes de pie— les dijo Aeri con voz melosa mientras les señalaba los cojines situados alrededor de la mesa.

La mujer tenía una voz cálida y amable que se acentuaba con su suave y melodioso acento natal. Era muy atractiva, de rasgos delicados y piel de color oliva. Su cabello oscuro como la noche le caía por los hombros y la espalda, enmarcando su rostro y resaltando su intensa mirada de almendrados y brillantes ojos ambarinos.

Al sentarse a la mesa Cedric pudo notar su exótico perfume que sobresalía por encima del aroma de tabaco de pipa. Los mercenarios se quedaron a cierta distancia de ellos vigilando dispuestos a intervenir si su señora se lo ordenaba.

A pesar de belleza de su anfitriona y de la comodidad del lugar Cedric tenía prisa por salir de allí y reunirse con Arienne. También tenía que ir al astillero a recoger su nuevo barco, pero como ya había descubierto un mes atrás los tratos con esa mujer se hacían al estilo de Nimbia, así que tardaría un rato.

Antes de empezar Aeri le ofreció un poco de comida, le sirvió un vaso de vino y fumaron un poco de la pipa de agua hablando de trivialidades, después la reina del foso empezó a tantearle.

— Tengo que reconocer que no has sido un huésped común— le confesó Aeri divertida— no estoy acostumbrada a tener gente tan selecta en mis pequeños “agujeros de rata”.

— ¿A qué te refieres? — preguntó él.

— He oído que los Ponzña han puesto precio a tu cabeza y a la de tus amigos.

Cedric se puso tenso al oír eso, no era del todo inesperado, pero tampoco le gustaban esas noticias.

— Por su puesto he respetado mi parte del trato— continuó Aeri— y he sido lo más discreta posible con tu ubicación. Los Ponzña y yo no

tenemos demasiada buena relación como ya sabes.

Él le dedicó una leve sonrisa, que se amplió al ver la cara de satisfacción de Aeri al haber podido molestar a los Ponzos. Cedric había usado una de las reglas más viejas de su oficio, escóndete de tu enemigo bajo la protección de sus enemigos.

— Te doy esta información como muestra de amistad, las calles de Meridiem se han vuelto un poco más peligrosas ahora que nuestro amigo Piedrafría ya no está en el negocio— le dijo Aeri dedicándole una mirada felina.

Parecía que Aeri estaba bien enterada de lo que le había sucedido al enano. Por el tono que estaba usando con Cedric podría ser que quisiera ofrecerle un lugar en su organización, pero Cedric cambió de tema rápidamente, no le interesaba la oferta y quería zanzar esa conversación para irse de una vez.

— Estoy seguro que el enano sabrá apañárselas, ha estado en situaciones difíciles otra vez, además su desaparición puede ser una oportunidad para ampliar un negocio emergente como el tuyo. — Esta vez él le dedico una mirada cargada de intención— Y por lo que respecta a mí pienso irme bien lejos de aquí en cuanto pueda.

Esto último lo dijo acercándole una pequeña bolsa de cuero que contenía el resto del pago por la estancia en su agujero.

Aeri la cogió y contó el contenido, satisfecha por el pago le sonrió.

— Muy bien Cedric, ha sido un placer hacer negocios contigo— le dijo acercándole la mano para estrechársela— que los vientos guíen tu viaje.

Él encajó su mano y se la estrechó antes de despedirse. Ahora tenía que ir a por su barco. Pero antes le pidió un último favor.

— ¿Conoces algún lugar donde podría darme un baño antes de salir?— preguntó a Aeri.

— Pregunta fuera, al enano que hay en la barra— le sonrió ella— te podrá indicar alguno de mis locales.

Cedric se despidió de nuevo y antes de irse del foso habló con el enano, que gustosamente le indicó uno de los túneles que le llevaría a un almacén cerca del distrito del puerto.

El destartado edificio comunicaba por una puerta interior con una posada, donde las demandas de Cedric fueron atendidas por el solícito dueño y su esposa que calentaron agua para que pudiera bañarse y

afeitarse su andrajosa barba. Estuvo tentado de quedarse en remojo un buen rato, pero no tenía tiempo que perder. Así que se apresuró en lavarse, pagó al dueño y salió a la calle.

Hacía un sol de justicia y la luz le hirió en los ojos, tardó unos minutos en acostumbrarse de nuevo a su resplandor. La cálida temperatura primaveral contrastaba con el frescor al que se había acostumbrado durante ese mes en las alcantarillas y sumada a la humedad de los pantanos hizo que en poco rato ya estuviera sudando de nuevo.

Se caló su sombrero de ala ancha para ocultar un poco el rostro y se dirigió a toda prisa al distrito del puerto.

Las calles del puerto estaban atestadas de ruido y de gente. Los carros con mercancías traqueteaban por encima de los adoquines y mendigos y rateros asaltaban a los transeúntes para pedir algunas monedas o afanar algo los carros antes de que sus conductores se dieran cuenta. Alguno marineros recién llegados a puerto o aún borrachos de la noche anterior negociaban con las prostitutas que se les acercaban para ofrecer sus servicios.

Mientras, por otro lado, los estibadores se afanaban en descargar y cargar barcos a toda prisa mientras sus capataces les gritaban ordenes desde el muelle. Algunos barcos de pesca ya arribaban a puerto con las primeras capturas del día y enjambres de gaviotas revoloteaban a su alrededor intentando robar algún pescado a los distraídos marineros.

Cedric se dirigió hacia el edificio del astillero de la ciudad. Había gastado casi todo su dinero para pagar la construcción de su barco, añadiendo una generosa propina para el oficial del astillero para que priorizara el encargo y se pusiera manos a la obra de inmediato.

El hombre le había garantizado que en un mes su barco estaría listo para partir.

El astillero era un hervidero de actividad. Todos y cada uno de los hombres que trabajaban allí estaba ocupado en uno u otro quehacer. Incluso el oficial del edificio que se encontraba sentado frente a su mesa parecía ocupado repasando concienzudamente los planos de una nave en construcción.

— ¡Vaya, mira lo que nos ha traído la marea! — exclamo el hombre al ver a Cedric— ya creía que no ibas a aparecer.

Cedric extrañado por el comentario se acercó a él para que le indicara donde podía recoger su barco. Antes de que pudieran intercambiar una palabra el hombre se acercó a la pared y abrió una pequeña portezuela de

acero incrustada en el muro, de la que sacó dos bolsas de cuero.

— Aquí está todo— dijo dejando las bolsas sobre la mesa y añadiendo en tono confidencial— incluso el pequeño pago extra que me diste para acelerar la construcción de tu encargo.

— ¿Qué es esto? — preguntó Cedric sin entender nada.

— Tu dinero. Puedes contarlo está todo— respondió el oficial acercándole las bolsas— aunque la próxima vez ven antes a recogerlo, no tendría que haberlo guardado durante tanto tiempo. Si llegas a tardar más la militia podría haberlo requisado, esto no es la casa de la moneda— le explicó.

Cedric no entendía nada, él había pagado por un barco y le estaba devolviendo su dinero. Se empezó a enfadar, había contado con que su barco estaría listo y ahora sus planes se estaban yendo a pique.

— ¡Te pague para tener mi barco listo! — grito Cedric golpeando la mesa con el puño. — Y añadí una cantidad más que generosa para ti.

— Shhh... no alces tanto la voz por favor— pidió el oficial levantando las manos.

El hombre un tanto regordete estaba empezando a sudar. La situación con Cedric le estaba poniendo nervioso.

— La militia ha requisado los astilleros para fabricar nuevos barcos y reparar la flota— añadió el hombre— han detenido toda la producción de barcos civiles, ni con todo el oro del mundo podrías haber construido tu barco, estamos en guerra.

Estamos en guerra. La noticia cogió a Cedric totalmente por sorpresa, tanto que se quedó un instante en silencio.

— ¿Cómo? — consiguió decir por fin.

— Joder chicho ¿no te has enterado? ¿dónde coño te has metido este tiempo? — le reprocho el oficial. — La emperatriz Victoria ha declarado la guerra a todos los herejes que no siguen la fe de Ardan y ha decidido empezar por Meridiem. Victoria "la santa" la llaman, la muy puta...

El hombre siguió despotricando sobre Victoria y los ardanitas pero Cedric ya no le escuchaba. Se había sumido en sus propios pensamientos.

La autoproclamada emperatriz Victoria había renombrado su reino, el reino de Bestadia, con el nombre de auténtico imperio Delita, también había trasladado la capital del reino a la costa, a una ciudad que había

llamado Nuevo Delian.

Y la iglesia ardanita la habían ratificado como emperatriz y última descendiente de los antiguos emperadores, santificándola y nombrándola guardiana de la fe.

Y ahora había declarado la guerra a Meridiem.

Cedric finalmente cogió a regañadientes el dinero después de evaluar sus opciones. Era imposible que consiguiera que construyeran su barco en los astilleros o en cualquier otro lugar. Tenía que buscar un plan alternativo. Pero antes tenía que ir a hablar con Arienne, la norteña tenía que irse con él y no tenían medio de transporte.

Más que preocupado se metió en uno de los callejones laterales del edificio intentando elaborar un nuevo plan para escapar de la ciudad. Estaba tan preocupado por la situación que no prestó atención a los tres tipejos que le seguían hasta que no estuvieron a unos pocos pasos de él.

El sonido de una espada desenvainándose sacó a Cedric de sus cavilaciones, uno de los hombres se abalanzó sobre su espalda dispuesto a ensartarle con su espada. Pero Cedric pudo reaccionar a tiempo, se dio la vuelta mientras desenvainaba, esquivando la estocada y golpeó con la empuñadura de su arma la cara del tipejo.

Sus compañeros también fueron a por él, pero Cedric evito enzarzarse en un combate contra ellos. Eran demasiados y estaban bien armados así que echó a correr.

Ya estaba a punto de llegar a la salida del callejón cuando otros dos tipejos doblaron la esquina y desenvainaron las espadas para cortar el paso. Cinco hombres en total, «de esta no voy a salir», pensó. Paró en seco para buscar otra salida, pero no había escapatoria. Los tipejos que le perseguían ya estaban de nuevo sobre él, fintó al primero y lanzó un barrido a los otros dos para intentar mantenerlos a distancia, pero pronto se vio rodeado por cinco espadas.

— Tengo dinero, os lo puedo dar— intentó negociar desesperado.

Los cinco asesinos se limitaron a reír.

— Los Ponzña nos pagan suficientemente bien— dijo uno de sus asaltantes con tono jocosos— además cuando estés muerto ya te lo quitaremos.

Un instante después fueron a por él. Esquivó al primero de sus atacantes, paró las estocadas de otros dos, pero eran demasiados y entonces de repente uno de ellos se desplomó con un grito de dolor, tenía cuchillo

clavado en su espalda. Casi al momento cayó sobre otro una figura encapuchada que le cercenó el cuello al instante.

Parecía que no estaba solo en esa trifulca, o quizá fuera otro asesino que quería eliminar la competencia antes de acabar con él, fuera como fuera pensaba aprovechar cualquier ventaja que se le presentara para salir de esa. Ahora que solo quedaban en pie tres de sus atacantes la pelea se había equilibrado un poco, dos de los asesinos se enzarzaron con el misterioso encapuchado y el que quedaba fue a por Cedric.

Aunque Cedric era bastante buen espadachín su rival no era nada malo, intercambiaron golpes sin parar intentando encontrar un hueco en la defensa de su atacante, pero parecía que cada uno de sus ataques tenía una rápida respuesta. Mientras el encapuchado había acabado con uno de sus rivales usando dos dagas que esgrimía con precisión letal. Con tres ágiles movimientos se habían situado a poca distancia de él, apartando su espada y apuñalándolo en el abdomen. Su otro rival intentó acabar con él atacándole por la espalda, pero con un rápido movimiento giró sobre su víctima escudándose con su cuerpo haciendo que la espada de su oponente quedara atrapada en el cuerpo de su difunto compañero. Una vez este estuvo indefenso y a poca distancia seccionó su cuello de un solo tajo.

El último de los asesinos que aún estaba enzarzado con Cedric decidió que la recompensa no era lo suficientemente alta como para seguir arriesgando su vida y después de fintar una estocada de Cedric y ganar un poco de distancia huyó tan rápido como pudo del combate.

Ahora solo quedaban el encapuchado y Cedric en el callejón, en el suelo los cadáveres de cuatro de sus asaltantes y un gran charco de sangre.

Cedric intentó evaluar sus posibilidades, pero eran más bien pocas, ese tipejo era realmente letal. Se había desechó de cuatro hombres en un santiamén mientras a él ni siquiera había acabado con uno de sus atacantes.

Se quedaron mirando un instante uno frente al otro en silencio con las armas en las manos, hasta que su misterioso salvador decidió revelar su rostro. Al quitarse la capucha una muchacha de melena morena apareció.

— Lucía— dijo con una sonrisa de júbilo en los labios.

Ella le devolvió la sonrisa.

— ¿Es que te querías ir sin despedirte? — contestó la muchacha burlona.

Capítulo 2

Viejos amigos

Lucía seguía sosteniendo las dagas mientras le sonreía y Cedric hacía lo mismo con su espada aun en la mano. No sabía por qué, pero su instinto le impedía bajar la guardia. Aunque con la facilidad con la que la chica había despachado a los tipejos que le habían acorralado en el callejón sabía que con él no tendría ni para empezar. Era muy buena en lo que hacía y ella lo sabía e incluso a veces se llegaba a jactar de ello, quizás su mayor punto flaco era ese, su arrogancia y su ímpetu.

Se quedaron unos segundos más analizándose hasta que Lucía guardó las armas, momento en que Cedric hizo lo mismo y decidió contestar por fin a su pregunta.

— No hubiera sido prudente despedirme visto lo visto— dijo señalando a los matones que yacían en el suelo del callejón.

— Seguramente— concedió ella— algunos hemos recibido una visita cortesía de nuestros amigos los Ponzaña.

— ¿Tú también?

— Si y Octavio también. — Esto último lo añadió con un poco de tristeza.

A Cedric no le hizo falta que dijera más, habían cogido al contrabandista.

— ¿Dónde lo tienen? — preguntó Cedric.

— Los Ponzaña no hacen prisioneros— respondió Lucía con voz neutra— le mataron tres días después de irse.

» Se fue poco después de que nos pagaran, pero le cogieron al norte cerca de las ciudades de lagos. Le mataron, trajeron su cadáver de vuelta y lo dejaron tirado como a un perro en la puerta de la Cueva del Draco.

Cedric apretó los dientes maldiciendo, Octavio le caía realmente bien. Esos cabrones de los Ponzaña no se andaban con sutilezas, habían puesto precio a sus cabezas y no pararían hasta matarlos a todos. Tenía que pensar en un nuevo plan para escapar de la ciudad con Arienne.

De repente los peores pensamientos pasaron por su mente, si le habían

encontrado Arienne no estaría tan segura.

— Tranquilo, la he estado vigilando— se anticipó Lucía leyéndole el pensamiento— después de que vinieran a por mí te busqué. No te encontré, pero a ella sí. Me fue bastante difícil dar con tu chica, pero supuse que no te irías de aquí sin ella así que la estuve vigilando por si aparecías.

— Gracias por todo Lucía, pero ahora tengo que ir a hablar con ella.

Cedric hizo ademán de despedirse, pero la muchacha se lo impidió. En un par de zancadas Lucía se puso a su lado cogiéndole el brazo.

— ¿Es que estás loco? — le espetó la joven— si te presentas allí ahora os condenarás a los dos. Estoy segura que si estos memos te han encontrado no ha sido casualidad. Seguro que algún otro caza recompensas puede haber sabido de Arienne y tener a alguien informándole de cómo está o si has contactado con ella.

Lucía tenía toda la razón, tenía que calmarse y pensar. Aún estaba acelerado por el combate y su plan se acababa de ir a pique no era motivo para no pararse a pensar un plan. Los cinco asesinos que habían ido a por él sabían que vendría a por su barco y si no hubiera sido por Lucía ahora estaría muerto. Lo primero era lo primero, tenían que irse del callejón, no era prudente quedarse allí con los cuerpos de cuatro de sus atacantes y menos aún si uno había escapado con vida.

— Tienes razón — concedió a la chicha— ¿tienes algún lugar donde esconderte?

— Más o menos— respondió ella.

— Bien, vamos.

Antes de salir del callejón se parapetó tras unas cajas que había en la esquina y empezó a cargar sus pistolas.

— No quiero cometer más errores de novato— admitió Cedric mientras seguía cargado. — ¿Donde tenemos que ir?

— Es un almacén abandonado cerca de aquí— respondió Lucía.

— ¿Sabe alguien más que estás allí? — inquirió Cedric.

Lucía desvió un poco la mirada antes de contestar.

— Estoy allí con unos amigos— respondió vagamente.

Le estaba ocultando algo, estaba más que seguro de ello.

— ¿Los conozco? — preguntó de nuevo.

— Si.

En ese momento una idea surgió en su cabeza, los Ponzaña no solo habían puesto precio a sus cabezas, todos los implicados en el trabajo se encontrarían en la misma situación.

— Mierda Lucía, no me jodas— le espetó Cedric.

La cara de la chica fue suficiente para confirmar sus temores.

— ¿Qué querías que hiciera? Los Ponzaña nos han sentenciado a todos— se justificó ella— lo más lógico era que hiciéramos frente común. Además Calaon...

Cedric se detuvo antes de terminar de cargar la pistola y le gritó furioso.

— ¡Calaon! ¡Creía que estabas hablando de Piedrafría! ¿Cómo se te ocurre volver a trabajar con él?

— ¡Por lo menos no se ha escondido en un agujero durante un mes! — Le replicó ella.— ¡Es el único que parece tener algo parecido a un plan!

En otra situación Cedric la habría mandado a la mierda en ese momento, pero quizá tenía razón. Su idea de esconderse de los Ponzaña y largarse con su barco no había resultado para nada como esperaba y necesitarían toda la ayuda posible para salir de esa. Aun así, trabajar otra vez junto a Calaon le ponía de los nervios. El errante le había manipulado a él y a los demás a su antojo metiéndoles en un trabajo casi suicida, que les había hecho enfrentarse a una de las familias más poderosas de todo el delta.

Su único consuelo es que el brujo se encontraba en la misma situación que ellos. Pero a pesar de eso esta vez iba a ser mucho más cauto al tratar con él, no quería verse metido de nuevo en un plan que acababa estallándole en las manos.

— De acuerdo— concedió Cedric a regañadientes— pero si no me convence su idea me largo.

Lucía asintió y esperó junto a él a que tuviera listas sus pistolas. Después salieron de su escondite y se dirigieron hacia el almacén. Se movían intentando mezclarse con la gente en las calles más transitadas, ocultando sus rostros a los demás transeúntes. Pero a unas pocas calles de su

destino tuvieron que detener su avance. La calle estaba bloqueada casi por completo por una aglomeración de gente que se apelotonaba cerca de la esquina a una de las callejuelas colindantes, allí un grupo de guardias de la militia intentaba impedir el paso a la gente y dispersar a los curiosos sin mucho éxito.

Cedric le dirigió una mirada de sorpresa a Lucía, pero la chica solo se encogió de hombros. Ninguno de los dos sabía que estaba pasando. Así que decidió acercarse disimuladamente a los curiosos para enterarse de que estaba sucediendo.

— ... seis desde que el monstruo empezó a matar — escuchó que le decía un pescador a una mujer.

— ¿Quieres decir que ha sido el devorador? — contestó esta horrorizada.

— ¿Quién si no? — preguntó el pescador de nuevo. — Por lo visto el callejón estaba lleno de sangre y vísceras.

— No era una chica sola— añadió un hombre regordete junto a ellos— por lo visto eran dos, un hombre y una mujer.

— Una puta y su cliente— sentenció un anciano uniéndose a la conversación.

Cedric desconcertado por la conversación dirigió una mirada inquisitiva a Lucía y esta le hizo una señal con la cabeza para que se fueran. Pero antes de poder dar un paso un murmullo entre los curiosos que se encontraban tras ellos les hizo darse la vuelta.

Dos jinetes custodiados por un grupo de guardias se acercaban por el otro extremo de la calle. Los guardias abrían paso a los jinetes y apartaban sin muchos miramientos a los ciudadanos que se iban apelotonando hacia las paredes de los edificios colindantes para abrirles paso.

Pronto Cedric y Lucía se encontraron apelotonados junto al resto de conciudadanos sin poder moverse mientras la comitiva pasaba delante de ellos.

El primer jinete era un joven apuesto, no mucho mayor que Cedric. Era alto y atlético, su porte y la arrogancia con la que miraba a la gente que se apiñaba a su alrededor delatan su origen de noble cuna. Iba ataviado con un peto de acero con el escudo de la ciudad, la torre de piedra sobre la colina que representaba a meridiem había sido labrada con todo detalle y resplandecía con el brillo del acero pulido. Los colores de sus calzas y las mangas de su camisola eran los típicos verde y azul de la militia, pero se les había cosido una filigrana con forma de olas que representaba el

emblema de su familia, era Adriano Marea, el capitán de la guardia.

Tras él con montada en un corcel negro había una mujer morena, con el pelo corto. Era alta y corpulenta, también vestía un peto de acero con el escudo de la ciudad, aunque sobre este habían grabado una frase: "Semper libera". Era el antiguo lema de Meridiem "Siempre libre", escrito en delita antiguo. Su espalda estaba cubierta por una capa de tela azul oscuro en la que se había bordado el escudo de su familia, un puño rojo sobre campo azul del mismo color que su capa. Esta se sujetaba a su armadura con unos broches en las hombreras también con forma de puño. Era Sellenne Liberto, la comandante de la militia y la máxima autoridad militar en la ciudad.

Aunque lo que más llamaba la atención era su cara, una terrible cicatriz en forma de "y" surcaba la parte derecha de su rostro. Esta cruzaba su sien hasta el ojo, que cubría con un parche de tela negro. Allí se bifurcaba en dos, una parte pasaba sobre el pómulo hasta llegar cerca del lóbulo de su oreja y la otra le llegaba hasta la parte superior del labio haciendo que este se retorciera ligeramente hacia arriba, haciendo que enseñara siempre los dientes dándole una expresión de enfado permanente.

Cedric había oído historias sobre esa mujer, igual que toda la ciudad. Era una militar de lo más competente que no dudaba en luchar junto a sus hombres en caso de que la batalla lo requiriera. Pero sin duda la historia más famosa era la de la batalla de las marismas donde había perdido el ojo y se había ganado esa cicatriz.

Años atrás un gran señor de Trasia, Ashet el "terror rojo", había decidido anexionar Meridiem a su pequeño reino. Los trasos no son más que una nación reyes piratas y mercaderes unidos por una serie de frágiles alianzas y ese señor en concreto se lanzó a la conquista de la ciudad sin el apoyo de sus pares por suerte para los habitantes del delta. Aun así, logro reunir una impresionante flota de mercenarios y piratas bajo su bandera y derrotó la pequeña armada de la ciudad fácilmente haciéndola huir, logrando ocupar las marismas al sur de Meridiem. Pero no pudo hacerse con la ciudad, siendo obligado a intentar doblegar la ciudad mediante un largo asedio.

La comandante Liberto esperó pacientemente a que los piratas y mercenarios del ejercito de Ashet se enfrascaran en saqueos y luchas internas debido al cansancio del asedio, haciendo que su disciplina y lealtad hacia su señor menguara.

Entonces sobornó a uno de los piratas que seguían a Ashet para que la sacara de la ciudad y la ayudara a reunirse con los restos de la armada. Una vez con ellos y con la ayuda de varios mercenarios piratas que reclutó mediante el soborno y el engaño asestó un demoledor golpe por sorpresa

contra la flota personal del "terror rojo".

La lucha fue encarnizada y estuvieron a punto de ser rechazados, pero el resto de la flota se Ashet tardó en responder o ignoraron deliberadamente las peticiones de ayuda de su patrón hasta ver quien se hacía con la victoria.

La comandante Liberto aprovechó ese tiempo para asaltar el buque insignia del "terror rojo" y hundirlo junto al señor traso, lo que hizo que el resto de su ejército se disgregara y huyera. A pesar de todo la comandante fue gravemente herida y aunque se recuperó de sus heridas quedó marcada para siempre con esa horrible cicatriz.

Cedric estaba seguro que lo fuera que estuviera pasando en el callejón era gordo si el capitán de la guardia y la comandante de la militia estaban allí. Pero no quería quedarse para averiguar que era, había demasiados guardias en el lugar y una rata de callejón como él empezaba a sentirse incomodo con tantas fuerzas del orden a su alrededor, así que le hizo una señal a Lucía y juntos se escabulleron en dirección contraria.

— ¿Qué es todo ese cuento de un monstruo? — preguntó Cedric cuando estuvieron alejados del gentío.

— Ha habido varias muertes en la ciudad estos días— le explicó Lucía— ocho con los dos de hoy, por lo visto todos parecen que han sido devorados, al menos en parte. Al principio pensaron que era un draco, pero aún no han encontrado a la bestia y la gente empieza a estar asustada.

— No es la primera vez que un draco llega a la ciudad flotante y se come a alguien— dijo Cedric mientras seguían caminando hacia su destino.

— Si, pero parece que solo ataca a las putas y a dos de ellas las mató en la ciudad vieja.— argumentó Lucía.

Cedric sabía que era difícil que un draco cruzara las murallas que separaban la ciudad vieja de la ciudad flotante y también que fuera tan selecto con sus víctimas.

— Además nuestra querida comandante— añadió la chica señalando con la cabeza hacia la calle donde habían estado— encerró al sumo sacerdote de Ardan poco antes de que empezara todo y los ardanitas han empezado a decir que es un castigo divino y que el devorador atacará a todos los que no sigan la fe.

— ¿Qué encerró al sumo sacerdote de Ardan? — Cedric estaba atónito—

joder no sé si la comandante tiene muchas pelotas o está loca.

Lucía soltó una carcajada antes de contestar a Cedric.

— Bueno, los ardanitas nos han declarado la guerra por herejes, así que la comandante encerró al sumo sacerdote en la cárcel y prohibió el culto a Ardan hasta que terminara todo.

Cedric sonrió al imaginarse al sumo sacerdote en una de las celdas de la cárcel, después de su paso por el orfanato no sentía ninguna simpatía por los representantes de ninguna de las iglesias que había en Meridiem.

De repente Lucía le hizo una señal con la cabeza y torció por un callejón.

— Es aquí. — Le dijo señalándole un destartalado edificio.

El almacén parecía que estuviera a punto de derrumbarse, tenía todas las puertas y ventanas tapiadas con tablones de madera, además de una miríada de agujeros en el techo.

— Que acogedor— bromeó Cedric antes de seguir a Lucía al interior.

Lucía apartó unas maderas que había en uno de los laterales del edificio, dejando al descubierto un pequeño agujero por el que entraron. Después subieron unas destartaladas escaleras hacia el segundo piso, Lucía iba abriendo camino y Cedric la seguía. En el segundo piso llegaron a una destartalada puerta que les impedía el paso, antes de entrar Lucía dio dos golpes rápidos a la puerta, hizo una pausa y dio tres más.

— Soy yo— dijo después la chica antes de entrar.

Cedric la siguió al interior. Al lado de la puerta, con una pistola de pólvora en la mano estaba Rad.

La cara del gnomo se iluminó al ver a Cedric y rápidamente le dio un fuerte brazo. Cedric estaba encantado de ver a su viejo amigo, no se esperaba encontrarlo allí, aunque Rad le había ayudado en su trabajo no creía que los Ponzaña le sentenciarían a muerte también. Pero esa familia de asesinos era implacable.

Después de saludar a su amigo dio un vistazo a su alrededor. Tangart también estaba allí, sonriéndole desde el fondo de la habitación, a su lado sentados a una desvencijada mesa estaban Piedrafría, Zoyla y Calaon.

— Vaya, por fin estamos todos— dijo el hechicero con una sonrisa sombría.

Cedric le devolvió una mirada gélida. El errante no le caía bien y él lo sabía, tampoco estaba seguro de poder confiar en Zoyla y mucho menos en Piedrafría. Pero quizá entre todos los que estaban allí podrían plantar cara a la familia Ponzóna.